

do Misioneros, y Soldados, sino que le intimidó con terribles amenazas, prediciendole como cierta la muerte, que le havia de dar *Guamocat*, que era un Indio principal, à quien su valor, y resolucion havia hecho respectable, grangeandole la osadía en executar quanto le dictava su capricho grande autoridad entre los Nayeres. Y aunque dispuso Dios con su alta providencia, que quando entró el *Tonati* en el Nayar, huviesse ya muerto este Idolatra, con todo por haverle aconsejado el Viejo, para que no passaran à la execucion sus amenazas, que no solo no se bautizasse, sino que se apartára del Padre Misionero, del Governador, y de todos sus aliados, para restituírse solos al Nayar, se mantuvo terco en quererlo executar.

Todo esto entendió Don Pablo Phelipe, por lo mismo que se le recatava; porque escuchando atento, oyó, y percibió lo que parlavan: comunicólo al Governador, que con este aviso reprehendió publicamente al Viejo, para preocupar la representacion, que temia le hiziesse el *Tonati*. Estava ya este tan persuadido de las razones del Anciano, que no cessó en repetir instancias, y proponer razones, para exagerar su peligro: consiguió por fin no entrar en Zacatécas, donde se encaminó el Padre Juan Tellez à aguardar en el Colegio, que tiene en aquella Ciudad la Compania, que se reclutassen, y marchassen los Soldados. El Señor Governador, el *Tonati*, y los que le acompañavan tomaron el camino ázia la Villa de Xeréz, en que creyó aquel prudente Cavallero conseguir sin dificultad, que se detuviesse el perturbado Principe. Mas luego que llegó, conoció, que se havian engañado sus deseos; porque aunque se valió de todos los medios, que dificultó su sagacidad, no pudo embarazar su marcha, aunque al emprenderla, le prometió en secreto, que en llegando à la Puerta de la Sierra, se passaria furtivamente à nuestro Campo con su Familia, y los que

qui-

quisiesse seguirle. Con este consuelo salió el Señor Governador para Zacatécas à disponer la recluta, y marcha de los Militares al mismo tiempo, que la apressuravan los Indios ázia el Nayar.

CAPITULO XII.

RECLUTANSE EN DOS COMPANIAS cien Soldados, y marchan à las Fronteras, tropezando desde luego con inconvenientes, contradicciones, y temores.

ANtes que llegassen à Zacatécas el Padre Juan Tellez, y el Governador Don Juan de la Torre, havia perturbado aquella Ciudad el Demonio, continuando sus maliciosas porfiadas instancias en embarazar la entrada del Evangelio en el Nayar. Y como tan diestro en sus astucias conoció, que el mas seguro atajo era, poner en el principio del camino los embarazos; valiése de algunos Cavalleros, y de otros, que siendolo en realidad, no lo parecian; introduxo en los pechos de todos estos una maligna envidia, haziendoles notable impressión vér à Don Juan de la Torre con transformacion tan repentina empuñar el Baston de General, y el oírle saludar como à Governador de un nuevo Reino; otros con visos de mas juicio alegavan otros motivos, para improbar la jornada, y entrada en el Nayar, calificando de temeridad el emprenderla con solos cien Soldados, que irian sin duda como victimas, para caer mas que à los filos de los alfanges de los Barbaros, à los de la inconsideracion; otros aun llegaron à juzgar por desperdicio el desembolso de la Real Hazienda, dificultando, que se sacasse el dinero de las Reales

Caxas.

N

Mas

Mas el Señor Virrey informado por el Capitán Don Santiago, que con mas que ordinaria diligencia repitió el viaje à Mexico, allanó esta dificultad, que era el mayor embarazo, con nuevo despacho; y cooperando el Señor Corregidor, y los Oficiales Reales, se dieron luego los primeros passos, levantando la Vandra el dia veinte, y nueve de Junio del año de mil setecientos, y veinte, y uno con tanta felicidad, que dentro de mui pocos se alistaron en aquella Ciudad cinquenta Soldados. Enarbolóse el Estandarte, en que estava la devota Imagen del Santo Christo de Zacatécas, que entonces con grandes cultos se venerava en su Templo por los muchos milagros, que obrava, y ahora por nuestras culpas reducida à cenizas en aquel voráz incendio, que affustó à sus devotos Ciudadanos, lloramos su tan sensible falta. Bendixose con toda solemidad el Estandarte en la Iglesia de nuestro Colegio, y el dia veinte, y tres de Julio salieron nuestros Soldados con su Capitán Don Santiago de Rioja, y Carrion de esta Ciudad para Xeréz, donde se alistaron otros cinquenta, llevando este numero su Capitán Don Alonso de Reina, y Narvaez.

El dia siguiente partieron à aquella Villa el Padre Juan Tellez, y el Governador Don Juan de la Torre, para atender el uno al aliento, y el otro al espiritu de los Soldados; y pocos dias despues llegó à Zacatécas el Apostolico Padre Antonio Arias de Ibarra, à quien aunque al principio affustaron los discursos melancolicos, que aun se hazian, y parecia, que convencian de desesperada la Conquista, con la confianza en Dios se le desvanecieron aquellas sombras, y quedó tan consolado, y tan animoso en seguir esta gloriosa empresa, que luego dexó aquella Ciudad, encaminandose à Xeréz. Y aunque del todo olvidado de aquellos pronosticos infaustos, como confesó el mismo Padre en el camino, no sintió el desfaliento, mas luego que visitó al Governador, se halló tan apretado de nuevas con-

congojas, que fué menester todo el valor de su varonil espiritu, para no dar lugar à la melancolia de nuevos funestos discursos; porque pocos dias antes havia acometido à aquel Cavallero un accidente de aquellos, que no saben sujetarse à la cura, y havia nacido de haver cavado demasiado la aprehension en asegurar la firmeza de los cimientos para tan grande obra. Avísóse con toda diligencia al Señor Virrey este no previsto embarazo. Mas antes que llegassen las providencias, que se esperavan de su Excelencia, se reconoció en el Governador tan extraordinaria mejoría, que à juicio de todos, y aun al suyo estava capaz de ponerse en camino en seguimiento de las Compañias, que havian ya marchado para la frontera de Guajuquilla, como lo executó, acompañandole el mismo Padre Antonio Arias; pero assi en el camino, como despues de llegados al Pueblo, bolvió el traidor accidente à presentarle repetidas vezes la batalla.

Añadióse à estos desconuelos el de la mala disposicion de los Nayeres, que ya se dexava perceber; porque no solo se hizo reparable, que no huviesse venido algun Embaxador à visitar à su Governador en nombre del *Tonari*, y de los Principales, que componian su Barbara Republica, sino que se notó, que desde que entró aquel Principe en la Sierra, no havia salido à comerciar Nayerita alguno. Confirmó estos rezelos, passando à ser certidumbre la sospecha, el que un Indio del Pueblo de San Andrés Quameata de los mas Principales de aquella frontera, que es la mas inmediata al Nayar, despachó à un hijo suyo, avifando à Don Pablo Phelipe, que los Nayeritas estavan tan lejos de admitir à los Padres, y Soldados, que antes hazian gran prevencion de armas, para disputarles la entrada, añadiendo aun, que habiendo passado algunos de los Embaxadores del Nayar à aquel Pueblo à convocarles en su ayuda, les havian representado, que sus hijos les suplicavan encarecidamente, que quan-

do entrasse Don Pablo Phelipe à facar Tropas auxiliares, le aprehendieffen, y à buen recaudo le conduxerfen preso à la Mesa; concluyendo por fin, que algunos Viejos de Quameata havian prometido executar lo que rogavan. Por cuyo motivo les prevenia, que Don Pablo escusasse aquella entrada, ò que en caso de serle forzoso passar alli la lista de los Soldados, que havian de salir de aquel Pueblo, llevasse competente escolta para su resguardo.

Todo esto se avisó prontamente al Señor Governador; pero como fué en ocasion de alguno de aquellos cortos intervalos, que le permitia su accidente, no dió credito, engañado de otro Indio del mismo Pueblo, que le alentava con tan diferentes alegres noticias, que desmentian las otras. Serenóse finalmente esta tormenta de cuidados, y temores con haver llegado inmediatamente un expresso, que de la Ciudad de Zacatécas despachó el Señor Conde de Santiago de la Laguna Don Joseph de Urquiola, con que avisava la nueva determinacion de su Excelencia, que le ordenava tomar à su cargo la empresa del Nayar en caso de hallarse Don Juan de la Torre en estado de no poderle desempeñar por su enfermedad. Mandava tambien su Señoría à los Capitanes, que suspendieffen hasta nuevo orden suyo la marcha, y que le informassen del estado del Governador, y de su accidente. Quiso tambien, que le enterassen los Padres Misioneros, obligandoles con una carta tan llena de atenciones, que no pudieron escusar la respuesta, despues de haver serenado el escrupulo, que se les proponia; porque siendo preciso, que corriesse la expedicion por mano de uno de los dos Generales, y siendo tambien forzosa consecuencia, que resultassen muchas, y de grave peso de la mudanza de Gefe, hallando por parte de Don Juan de la Torre unas razones, que le asseguravan la empresa, y otras, que impossibilitavan el acierto; y por parte del Señor Conde muchas de

con-

congruencia, para no arriesgar la Conquista, si su Señoría mandava las Tropas, y dava las providencias para el desempeño de tan importante expedicion, temian aquellos sabios prudentes Jesuitas tomar la pluma, para responder à la consulta. Por ultimo deseosos de que se consiguiesse la reduccion, resolvieron responderle à su Señoría con tal ambigüedad, que ni dieffe motivo, à que les recargasse la incertidumbre del suceso, ni que pudiesse influir à la determinacion, que tomasse el Señor Conde, su dictamen, y se viesse obligado à venir à la frontera, para que deviendo el informe mejor à sus ojos, y pulsando por sí mismo al enfermo, aplicasse el remedio mas conveniente à tan critico peligroso accidente.

No se descuidava en este tiempo el Señor Governador en adelantar la Conquista, executando todos los medios, que le parecian mas concernientes, quando passados los efectos de la enfermedad, se verificava, que discurria; y no se puede negar, que los que executó asseguravan el acierto. Despachó varios Correos, llamando para el Pueblo de San Nicolás à otros muchos de amigos, y al Nayar envió à un Indio, que aunque vivia en aquel Lugar, era de Nacion *Cora*, en quien concurrían la fidelidad, el amor al Governador, y el que à él tenían los Nayeritas, muchos Parientes suyos, y todos los de su misma lengua. Instruyóle con tales advertencias, que se discurrió produxesse esta negociacion los buenos efectos, que se deseavan. El Indio, que era mui habil, y capaz, añadió à las del Governador otras precauciones suyas, en que le imponia su propia sagacidad, y el deseo de la reduccion de sus Paisanos.

Llegò finalmente tan bien apercebido al termino de su embaxada, que despues de saludar à aquellos Barbaros en nombre del Governador, les dixo, que este venia à recibir la obediencia, que devian dar al Rey nuestro Señor, y que el traer Soldados era, para que

que el mayor, y mas calificado numero de testigos solemnizasse mas la funcion, y para acompañar à los Padres Misioneros, obligandoles à essa demonstracion el respeto devido, con que los Christianos veneran à los Ministros de Dios. Propuestos estos puntos, à que se reducía la instruccion del Governador, havien- do ya cumplido su comission, les ponderó como compadecido de su riesgo, si llevasse por respuesta su resistencia, el valor de los Soldados, encareciendoles lo mucho, que creceria su numero, si con la tardanza en admitir à Don Juan de la Torre davan lugar, à que entrasse el Conde de Santiago de la Laguna, à quien ya aguardavan en Guajuquilla. Mas aunque les dió tan recia batería la ponderacion de su peligro, dilataron la respuesta, hasta oír la que davan todos los Principales, à quienes era inescusable consultar.

Llamavase este Indio Don Christoval Geronimo, cuyo nombre merece lugar en esta Historia por el que se ganó con sus christianas acciones: fué siempre fidelissimo, desmintiendo à su nativo color sus operaciones, con que ayudó mas, que otro alguno à la Conquista, no solo con sus consejos, tan fundados en el conocimiento del genio de los Coras, que eran no pocas vezes aplaudidos como Oraculos; sino con grandes arriesgadas obras, atropellando peligros, y metiendose entre los Contrarios, ya para amedrentarles con las armas en la mano, ya divirtiendoles con las varias especies, que les sugeria. Yo tuve el consuelo de contarle muchos años entre mis Feligreses en este Pueblo de Santa Rita, y el dolor de verle morir en mis manos, recibidos los Santos Sacramentos, y el de darle sepultura; mas si su perdida fué tan dolorosa por la que aquel día hazia esta nueva Christiandad, siempre he quedado lleno de confianza de su Gloria por sus tan exemplares christianas costumbres.

Al

Al tiempo, en que se havian ya juntado de resalta de los Corréos, que envió el Governador à las Fronteras, y à otros siete Pueblos mas, para conferir los puntos, que dificultavan el progreso de la empresa, llegaron à Zacatécas las cartas en respuesta à la del Señor Conde. Y aunque las de los Padres dexaron sin resolver la question, los Capitanes en las suyas le avisavan abiertamente, que el estado de la enfermedad del Governador hazia ya necesario el mando de su Señoría, y obligava à que se aguardasse ya con impaciencia su Persona. Reconocia el Señor Conde, assi por la irresolucion de los Misioneros, como por la claridad, con que hablaban los Capitanes, que ya le era preciso acelerar el viaje, y sin mas tardanzas se puso en camino à la frontera de Guajuquilla, acompañandole algunos Personages de Zacatécas. Recibieronles con aquella solemnidad, que acrecienta la multitud, y el estruendo, aumentando-se el ruido de los tiros, con el alarido, y gritos de los Indios fronterizos, que en numero mui considerable havian concurrido à la consulta.

Luego que llegó el Señor Conde, deseoso de atra- her, assi las voluntades de los Indios, como las de algunos Soldados, que no se le escondia à su viveza ser contrarios à su mando, comenzó con la generosidad de su magnanimo corazon, y con la de su mano à jugar las armas de las dadas, y de los cariños; y aunque del Governador no havian experimentado tan crecidas bizarrías, perseveró tan declarada à su favor la fineza, que los Indios fronterizos sin temor de que pudiera parecer sospechosa su lealtad, dixeran sin ningun recato, que estavan prontos à servir à su Magestad sin costo alguno de sus Reales Haziendas hasta verter, si fuera necesario, toda su sangre por nuestra Santissima Ley, pero que no les agradava la mudanza de Gefe, que se intentava. Ni anduvieron menos francos en explicarse no pocos Soldados Españoles,

les, que llevados de sus fines particulares, y gobernados de sola su voluntad por ser Parientes unos, y otros Paisanos del Governador, no acertaron, ò no quisieron dar oídos à la razon.

Esta discordia dividió en parcialidades el Campo; y assi se vieron obligados à buscar otro rumbo, y tomar otro temperamento, para no tropezar con tantos embarazos. Se discurrió, despues de varias consultas, y controversias, que el Señor Conde, valiendose del Titulo de Coronel, entrasse tambien en el Nayar en compañía del Governador, à que à ley de Cavallero se allanó, sin hazerle disonancia los zelos, que pudieran dar à su autoridad, el ageno mando. Consideravase, que por este medio se ocurría al mayor inconveniente; porque en caso de que en el camino assaltasse al Governador el accidente, que por entonces se havia retirado, iba en la asistencia del Señor Conde prevenido el remedio. Ni havia rezelo, de que pudieran en aquel caso turbarse los Parciales del Gefe, pues entrandoseles el desengaño por los ojos, se verian necessitados por no bolver atrás à pedir ellos mismos, que passasse à otra mano el Baston.

Este medio, que fué aplaudido por el mas acertado, se quedó en la ineficacia sola de la especulacion, sin que llegara el caso de experimentar con la practica su eficacia; porque el Señor Conde, haviedo observado lo bien concertado, y harmonioso de los discursos de Don Juan de la Torre, no solo en las conversaciones familiares, sino aun en la solemnidad, y formalidad de lo Juridico, por lo juizioso de sus respuestas, claramente echó de vér desde luego, que se le podia fiar enteramente la empresa, no haviendo indicante, de que bolviessse à repetirle la enfermedad. Contentóse por entonces, avisando con los autos, que havia formado, al Señor Virrey: dió permisso, para que marchasse à la Puerta del Nayar el Exercito, y prometió no salir de Guajuquilla, pro-

ref-

testando, que el no retirarse era, para que le hallasse mas immediato qualquier novedad, y encargando à esse fin à los Capitanes la prontitud de las noticias. Mas despues de haver salido el Exercito, devieron de sobrenvenir motivos tan urgentes, que le executaron à restituírse à su Palacio, siguiendole aquellos Cavalleros, que le vinieron acompañando: esperaba siempre casi con impaciencia las novedades del Nayar, y de Mexico en la Ciudad de Zacarécas, donde aunque le havian de encontrar mas de lejos las noticias de esta Provincia, le hallarian mas cerca los ordenes de su Excelencia.

CAPITULO XIII.

SALE DE LAS FRONTERAS NUESTRO Exercito, y alojase en el sitio, que señalaron los Nayeres, donde se descubren las primeras assechanzas de su alevosia.

EL dia veinte, y seis de Setiembre del año de mil setecientos, y veinte, y uno salió de Guajuquilla la alta nuestro Campo, para entrar en otro de tantas malezas por lo poco traginado, por lo mui lleno de peligros, por sus asperas cuestras, y precipitadas laderas, que apenas se dava passo, en que no se tropezasse con un susto. Aumentava los rezelos, el que con graves fundamentos se tenia de ser alevosamente assaltados de los Indios; porque las treinta leguas de travesía hasta llegar à la Puerta, estaban despobladas, y todas por lo montuoso, y quebrado de la tierra mui ocasionadas à frequentes emboscadas. Y si no se valieron de estas los Nayeres en tan largo peligroso camino, fué, porque por mas que reconocian las ventajas, que les ofrecian estos puestos, sabian

O

bien,